

## **Domingo XXVII del tiempo ordinario**

*“Cantaré para mi amada mi canción de amor por su viña...”*

La liturgia de la palabra de este domingo se abre con una obra maestra de la poesía hebrea, obra de arte florecida por la inspiración humana y divina de Isaías, profeta del siglo VIII a. C.

Es un canto de trabajo destinado a los viñadores y a la fiesta otoñal de la vendimia (para los judíos es la fiesta de las tiendas).

- Es un canto de amor porque la viña, en el antiguo oriente, es símbolo de una mujer amada; por ejemplo, en el Cantar de los Cantares la esposa es llamada “viña floreciente”.
- Es un canto religioso porque la viña en la Sagrada Escritura es símbolo de Israel. El poema inicia con una escena placentera que lentamente se va transformando en el lamento de un campesino desilusionado y de un enamorado traicionado: todo el cántico está invadido por el verbo “esperar”, expresión de una espera que se desenlaza en una frustración.

El final terrible desenlaza el enigma espiritual del canto manifestándolo en su verdadero sentido de un llamado profético a la justicia. Con un juego de palabras irreproducible en nuestra lengua, Isaías pinta la amarga sorpresa de Dios:

- Dios se esperaba la justicia y lo que encuentra derramamiento de sangre inocente.
- Se esperaba la rectitud y en cambio ha encontrado el grito de los reprimidos, por tal motivo el hombre es capaz de amargar el corazón de Dios, puede herirlo en el amor y puede desilusionarlo en sus expectativas.

El hombre es capaz de amargar y desilusionar también el corazón de Cristo: esta idea es la que sirve de hilo conductor en la célebre parábola de la viña que Mateo presenta hoy con el trasfondo de la gran tensión que se vivía en aquel tiempo, entre la iglesia que comenzaba a nacer y el pueblo de Israel, el pueblo al cual pertenecía a Cristo y los cristianos.

El final de la parábola es explícito: el dueño dará la viña a otros viñadores que sean capaces de entregarle sus frutos, y les quitarán el Reino de Dios y será entregado a otro pueblo que lo haga fructificar.

El rechazo de Israel es interpretado como un signo universal y no racial: ese rechazo representa todo pecado y toda incredulidad en oposición a la acogida del nuevo pueblo que hace fructificar la viña; no se trata de una continuidad del pueblo de Israel que se hace fiel acogiendo la voz de los profetas y creyendo: se trata de otro pueblo completamente distinto.

En toda esta narración se extiende una atmósfera oscura: Jesús siente que está llegando a Él el tiempo de su muerte, la respira en las maniobras y en el complot que sus adversarios están tramando a su alrededor. En la historia encontramos un misterio de pecado, de oscuridad, de hostilidad en la cual todos participamos; es sobre esa historia que Jesús llama la atención, pues sobre esa historia caerá un juicio inevitable. Sin embargo de los escombros que deja el mal sobre sus espaldas, desde la sangre derramada sobre las calles del mundo, desde las contradicciones escandalosas, Dios logra sacar un renuevo para que vuelva a florecer la vida.

Las antiguas Iglesias de Filipos, de Éfeso, de Pérgamo, de Hipona ahora son solo un recuerdo escrito en los libros de historia cristiana; y sin embargo, han escuchado la voz de Pablo, la de Juan y han tenido como pastores a obispos extraordinarios como San Agustín.

Por tal motivo debemos estar siempre atentos a no preparar la muerte de nuestras Iglesias con la indiferencia, el egoísmo, con las injusticias y con las continuas desilusiones que provocamos a las grandes expectativas de Dios. La luz de la esperanza no tiene que disminuir en el Reino de Dios porque el Señor nunca dejará que se apague la llama de la fe; es posible que el Señor pase esa llama a otro pueblo, tal vez a África o Asia: “vendrán de oriente a occidente y se sentarán en la mesa en el reino de Dios mientras que los hijos serán expulsados” (Mt. 11,12) pero la llama continuará ardiendo hasta el final...